

PRIMER DOMINGO DE OCTUBRE DE 1934

HOJA DOMINICAL

NUM.
955

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS
DE COSTA RICA

AÑO
XX

SANTORAL

- | | | | | | |
|--------|----|--|---|----|--|
| Dom. | 7 | 20° Después de Pentecostés.
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO.
Santas Julia y Justina, mrs. | Viern. | 12 | NTRA. SEÑORA DEL PILAR. Santos
Wilfrido, Maximiliano y Salvi-
no, obs. |
| Lun. | 8 | Santa Brígida, v.; Reparata,
Benedita y Lorenza, vgs.; y
Pelagia, pent.

Luna nueva, a las 9 h. 5 m. | Sáb. | 15 | San Eduardo, rey, Fausto, Je-
naro y Marcial, Celedonia, vg. |
| Mart. | 9 | San Dionisio, mr.; Diosdado,
abad, Leonardo, conf.; Publia,
abadesa. | CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 15, corresponde obsequiar
a María Santísima, Pastora de las almas,
al Coro 20 del que es Celadora la Sra.
Da. Rosalía de Dittel.

María Santísima es: «Inagotable fuente
de caridad, que abre los senos de su mi-
sericordia, y recibe en ellos a grandes y
a pequeños, y a cuantos a Ella se acogen
como a su sagrado.» (<i>San Bernardo</i>). | | |
| Miérc. | 10 | San Francisco de Borja, conf.;
y los mártires Daniel, Samuel,
Angel y Nicolás. | | | |
| Juev. | 11 | Santas Cenaída y Filonia, y
los mártires Nicasio y Quirino. | | | |

Domingo XX después de Pentecostés

Evangelio según San Juan. (Cap. IV).

En aquel tiempo había en Cafarnaún un señor de la corte, que tenía un enfermo. Este tal, habiendo oído decir que Jesús venía de la Judea o Galilea, fué a encontrarle, suplicándole que bajase desde Caná a Cafarnaún a curar a su hijo que estaba muriéndose. Pero Jesús le respondió: Vosotros si no veis milagros y prodigios no creéis. Instábale el de la corte: Ven, Señor, antes que muera mi hijo. Dícele Jesús: Anda, que tu hijo está bueno. Creyó aquel hombre a la palabra que Jesús le dijo, y se puso en camino. Yendo ya hacia su casa, le salieron al encuentro los criados con la nueva de que su hijo estaba ya bueno. Preguntóles a qué hora había sentido mejoría. Y le respondieron: Ayer a las siete de la mañana le dejó la calentura. Reflexionó el padre que aquella era la hora misma en que Jesús le dijo: Tu hijo está bueno; y así creyó él y toda su familia.

EXPLICACION LITERAL

Sorprende a primera vista la exclamación de amargura con que Jesús responde a la congojosa situación del cortesano que viene desde Cafarnaún a Caná de Galilea, pidiéndole que vaya a su casa y sane

a su hijo moribundo. No parecía merecer que se le dijera: «si no veis signos y prodigios no creéis.» ¿Qué vieron los divinos ojos en el alma o en la actitud del Régulo...? vacilación, cierta arrogancia o aire de autoridad, la idea de que solamente podría curar al enfermo, como vulgar médico, viéndolo y tocándolo corporalmente. Para entenderlo mejor, comparemos la rendida fe del Centurión que, postrado en tierra, pide la salud de su criado y rehusa, confundido, el rasgo de bondad de Jesucristo que se ofrece a ir con él a su casa, con la demanda del cortesano judío para que Jesús ande los cuarenta kilómetros que separan las dos ciudades. Midamos el abismo del «Domine, non sum dignus ut sub tectum meum intres», de la réplica del soldado gentil, y el apremio tan poco delicado del israelita servidor del rey Herodes: «Dómine, descende prius quam moriatur filius meus»; y entenderemos bien el por qué de las desairadas palabras con que recibe la exigencia del segundo, y de las cálidas enseñanzas tributadas a la fe del primero: «en verdad que no he encontrado tanta fe en Israel.» Era éste depositario de la palabra de Dios y de sus promesas; estaba habituado a la intervención sobrenatural de Jehová en la vida de la nación; tenía delante al Mesías prometido; en aquella misma ciudad de Caná se había manifestado como Dios con el milagro de las bodas, y no le creían si no ha-

¡NO LO OLVIDES, HIJO!

En la cabecera de mi cama, siempre hay un crucifijo, de fuerte madera, de bronce macizo, y tan desgastado por la acción del tiempo, que no se distingue la imagen del Cristo, sino porque tiene los pies enclavados y los brazos en cruz extendidos. Adorna el extremo una virgencita santa del Pilar bendita, y la calavera, sombra de pecado, del hombre caído. Sobre ella la vida; la luz; el remedio; la Corredentora y el Redentor vivo.

¡Cuántas veces, mi madre querida, a los pies de aquel Cristo bendito, me decía, la Cruz señalando...—¡Míralo bien, hijo...! Rézale cuando tengas pesares, bésale cuando estés enfermito. Cuando la congoja tu garganta seque, cuando de tu pecho se escape un gemido en que se descubra el fon-

do del alma llena de amarguras, llena de peligros, como si estuvieras colgado en el borde de algún precipicio, rézale y no temas, que ese Santo Cristo, lo mismo que cura los males del alma, también los del cuerpo alivia lo mismo.

—Y cuando yo muera, al salir del pecho mi último suspiro, coloca en mi frente la Santa Reliquia y cierra con ella mis labios ya fríos. Después... ¡No lo olvides... no lo olvides, hijo! Que la Cruz sea el sol que te alumbré, que la Cruz sea el faro divino que te guíe en las hondas tinieblas de este negro abismo, y te abra las puertas del Cielo donde nos veremos por tiempo infinito.

Han pasado después muchos años. Ya murieron los seres queridos. Y en la cabecera de mi humilde lecho, en donde nacieron los amantes hijos, preside mi cama la imagen bendita, de aquel Santo Cristo.

do del alma llena de amarguras, llena de peligros, como si estuvieras colgado en el borde de algún precipicio, rézale y no temas, que ese Santo Cristo, lo mismo que cura los males del alma, también los del cuerpo alivia lo mismo.

—Y cuando yo muera, al salir del pecho mi último suspiro, coloca en mi frente la Santa Reliquia y cierra con ella mis labios ya fríos. Después... ¡No lo olvides... no lo olvides, hijo! Que la Cruz sea el sol que te alumbré, que la Cruz sea el faro divino que te guíe en las hondas tinieblas de este negro abismo, y te abra las puertas del Cielo donde nos veremos por tiempo infinito.

Han pasado después muchos años. Ya murieron los seres queridos. Y en la cabecera de mi humilde lecho, en donde nacieron los amantes hijos, preside mi cama la imagen bendita, de aquel Santo Cristo.

SILUETAS SEMANALES

CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL
DE BUENOS AIRES

II

Actuación y desarrollo

¡Qué temas tan brillantes, de profundo sentido teológico y qué prácticos son los que se van a estudiar en esa magna Asamblea católica! Los rayos luminosos que se desprenderán de aquel centro de la verdad católica, el Misterio Eucarístico, irradiarán por los cuatro ámbitos del Nuevo Mundo y toda la redondez de la tierra para calentarla y vivificarla, como el sol a nuestro planeta, en aquello que en nuestros tiempos tiene más necesidad, la fe y el amor.

Ante el espectáculo tan grandioso e imponente de la Hostia Santa, Pura e Inmaculada, adorada por millones de asistentes al Congreso, la inteligencia se verá más alumbrada ante el misterio católico y los corazones latirán al unísono en transporte arrobador hacia la infinita Caridad del Dios humanado que tiene sus reales en el trono Eucarístico.

El radio de acción del Congreso con sus temas sobre la realeza de Cristo en el altar, considerando a la Eucaristía como sacrificio; a Jesucristo Rey del individuo, de la familia y de la sociedad por medio de la Eucaristía, considerada como Sacramento; a Jesucristo, Rey del mundo a través del culto de la Eucaristía e historia en la República Argentina, argumento elocuente y constante de la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, este radio de acción tan intenso se proyectará, en sus diferentes secciones, según enumera el programa, sobre los hombres, sobre los jóvenes, sobre las señoras y señoritas, sobre los hijos, sobre la familia, sobre los niños, sobre el obrero, sobre los ricos como sobre los pobres para orientarlos a todos y uniéndolos amorosa-

mente entre sí, acercarlos al foco de Amor, Jesús en el Sacramento, para que el mundo se sienta del todo regenerado, participando de la vida tan dulcemente amable de la Sagrada Eucaristía.

Ante la triste realidad de los tiempos presentes, en los que una gran parte de los pueblos apostatan de Dios, rechazan el orden sobrenatural, rehuyen el magisterio de la Iglesia, y engolfados dentro de un materialismo enervador, solamente atienden a su egoísmo, que a pueblos e individuos los hunde al abismo de sus apetitos y desenfrenadas concupiscencias, como ánora de salvación viene el Congreso Eucarístico, profesión solemne de todo un pueblo que se orienta hacia el faro de la fe, salvándose del naufragio que hace sucumbir a los sabios y orgullosos según el mundo. ¡Oh hermosa vitalidad del Congreso Eucarístico Bonaerense!

Y como un muro sostenedor, ante la ola de odio que sube y empuja a las sociedades echándolas a la lucha fratricida de clases, viene el Congreso presentando la blanca Hostia-Amor, fuego divino, abrasador de corazones que se aman y unen ante la presencia y memoria de Dios humanado y viviente con permanencia continua, sin que por El pasen los siglos, Padre de familias presidiendo a sus hijos en el Sagrario.

¡Congreso XXXII Eucarístico! Imán potente de millares de corazones, antorcha iluminadora de inteligencias, guiador de almas sedientas de la verdad, sedante de pasiones humanas, lazo indisoluble de fraternidad: nosotros te saludamos; y aunque alejados en presencia corporal por las distancias, en espíritu estaremos presente a las solemnidades eucarísticas y oraremos y amaremos como los afortunados asistentes a los actos del mismo.

FR. CEFERINO DE GRANOLLERS

LA FALTA DE RESPETO

La falta de respeto es una de las plagas del siglo. El primero en ser irrespetado es Dios. Habla a la humanidad, le revela la religión con que quiere ser honrado y sus dogmas, la amenaza con castigos y la halaga con premios de imponderable valor, y gran parte de los hombres se afilia a cualquier otra secta con tal de no abrazarse con la religión revelada, se burla de sus amenazas y desprecia sus premios. Otros le desconocen por completo, llegando a la locura de negar su existencia, y otros sin desconocerlo lo blasfeman y lo ultrajan. Unos creen en El y hasta se dicen sus fieles servidores y hasta van a Misa y comulgan, pero lo irrespetan en el augusto misterio de la Eucaristía, éstos recibéndolo sacrílegamente en la Comunión, aquéllos haciendo del Templo, cueva de ladrones, como el mismo Cristo decía, los de más allá platicando en el templo como en la plaza o tomando posturas que serían impropias de una casa particular o de un casino o café.

Irrespetado Dios, no es extraño que se irrespeten también sus representantes en la tierra. Irradian del Vaticano doctrinas de profunda sabiduría y de tantísima eficacia que bastarían para dirimir las cuestiones obstruas y resolver los problemas más difíciles; pero las voces del Sumo Pontífice se pierden en el espacio y el mundo sigue siempre tan inquieto que hace temer una tremenda explosión que haga volar al abismo las naciones. Se prohíbe la lectura de los libros malos, se recomienda la modestia en el vestir, se predica contra la inmoralidad de los cines y de los bailes modernos, se anatematiza el matrimonio civil y el divorcio, se proscriben los juegos y deportes impropios de las mujeres, los baños mixtos y los vestidos de baño extranjeros que nada cubren, se exponen los peligros y perjuicios que hay en el trato íntimo entre los jóvenes de uno y otro sexo y en esa vida de libertinaje que se lleva, se ensalza hasta las nubes la belleza de la virginidad y pureza de la religión, del recogimiento, pero como no hay peor sordo que el que no quiere oír, ni peor ciego que el que no quiere ver, queda irrespetado y por los suelos, la autoridad del Prelado, del sacerdote, del confesor.

Antes los hijos eran sumisos a sus padres, y una palabra, una orden de

éstos bastaba para que se aquietasen: hoy no es así. Antes la madre era la confidente de sus hijos, hoy la madre es la última en saber los asuntos de sus hijos: antes ningún hijo se hubiera atrevido a hacer lo que diera gran disgusto a sus padres, hoy es esto lo que ordinariamente acontece. Los padres son irrespetados y la autoridad paterna anda por el suelo.

La caballerosidad del varón veía antes en la mujer, en la joven, en la dama un ser digno de todo respeto. Se paraba si estaba sentado, cuando ésta entraba en alguna sala; se descubría la cabeza cuando con ella se encontraba; hoy la mujer es basura para el hombre; hoy se la mira con desprecio, y cuando se la corteja, es porque se espera rendir la fortaleza de su alma y hacerla instrumento de su pasión. Delante de ella se tienen posturas provocativas, se entablan conversaciones vergonzosas, se tienen acciones ignominiosas. ¿Qué es la novia para el novio? ¿qué es la soltera para el casado, o la casada para otro casado o soltero? ¿qué es la enferma para el médico, la necesitada para el adinerado, la súbdita para el superior, la criada para el amo? Alejose el respeto a la mujer y por eso reina la más depravada corrupción en la sociedad.

La mujer no sabe respetarse a sí misma. ¡Qué vana es! ¡qué frívola! ¡qué coqueta! No guarda desgraciadamente la mujer moderna aquella prudente reserva, aquel temeroso recato que la libraba de innumerables tiros, sino que busca la ocasión, va a la oficina, a la casa, al taller, al gabinete donde está, la ocasión. Ella es la primera en proponer la debilidad de su corazón, en brindar su cariño, en adelantarse al seductor, en convidar a la cita, al paseo. ¡Claro! no sabiéndose respetar a sí misma, tampoco la respetan los otros. ¡Qué conversaciones más indecentes sostiene! ¡qué manera de vestirse! ¡qué juegos de manos! Da horror pensar en cómo las mujeres se irrespetan a sí mismas.

La sociedad es hoy la ramera que admite los besos, los abrazos, las caricias de todos. Para ella lo mismo es el criminal que el inocente, la víctima que el victimario, la casada que la amancebada, la honrada que la prostituida, la mujer sacrificada que la adúltera, la doncella pudorosa que la zánzana. No hay ninguna sanción social.

La sociedad no se da a respetar. De ahí las grandes maldades, los escándalos en los centros públicos a ciencia y conciencia de todos los expectadores. Pobre sociedad, a donde ha descendido! ¡cómo se ha degradado!

¿Cómo se ha llegado a este punto, a esta degradación, a esta total falta de respeto en todos los órdenes de la sociedad? Por la falta de temor de Dios, por las ideas falsas que se propalan acerca de la moralidad, como si ésta fuese laxa y plegable como un

cordel de hule o como un resorte más o menos flexible, por la falta de castigo a su debido tiempo, por la general corrupción de costumbres que se va extendiendo cada vez más, por la poca estima que cada uno tiene de sí mismo y de los demás.

Volvamos a la religión de nuestros padres, al temor de Dios, busquemos en El la raíz y fuente de toda moralidad, sepamos apreciar nuestra dignidad humana y habremos cerrado la puerta a la falta de respeto y consideración.

EL PERIODICO

Dada su importancia en los tiempos actuales ¿no es verdad que puede traer mucho bien, o que puede acarrear mucho mal según sea bueno o malo, católico o anticatólico? ¿Quién lo duda? Porque si el periódico católico es luz que ilustra a las almas, el periódico malo es obscuridad que las entenebrece. Si el periódico bueno es alimento sano y nutritivo que fortifica en la fe al que a él está suscrito; el periódico malo es manjar corrompido, que causa la muerte espiritual del que lo recibe. Si el periódico católico es el baluarte de la religión, que se presenta a defender sus intereses y derechos, el periódico antirreligioso y anticatólico es una de las armas más poderosas con que cuenta la impiedad para combatir el reinado de Dios en el mundo. Si el periódico bueno es el adalid de Cristo, en cambio el malo, es su más rabioso adversario. Si el periódico católico es el eco de la verdad, pues sus doctrinas y artículos no se apoyan sino en las palabras de Jesucristo y enseñanzas de la Iglesia; el periódico malo no es sino el eco de la mentira, el gran embaucador del ignorante, del pobre, del trabajador a quien engaña miserablemente con teorías utópicas y absurdas y con promesas que nunca ha de cumplir, porque no está en sus manos el dar.

Todo esto puede ser el periódico. Por esto si para la Iglesia la prensa buena constituye una esperanza y ve en ella una grande ayuda y mira a los periódicos católicos como a sus más valientes defensores, en cambio la prensa mala, impía, revolucionaria y atea es un gran peligro, pues los que en

ella trabajan, son formidables adversarios.

Y a la verdad, hoy el hombre es, lo que es el periódico que lee. Como nos hemos hecho muy comodones, no nos paramos en discurrir, ni en formar juicios, ni en tener un criterio propio. Ya de todo esto se encarga el periódico, a él nos atenemos. Así el que lea el periódico católico, será católico; el que lea un periódico socialista, será socialista y el que lea un periódico rabiosamente impío, será impío. Y lo que digo del individuo, se puede afirmar de los pueblos y aún de las naciones: son, lo que es su prensa.

No puede menos que ser así. Si esto sucede en materias científicas, en tal forma, que el que lee y estudia a Santo Tomás será tomista y el que a Descartes, cartesiano y el que a Hegel, hegeliano; si esto pasa en las bellas artes como en la literatura, la música, la pintura y la escultura; si de esta preferencia no se libran ni la misma mística ¿no ha de suceder lo mismo en el periodismo? No importa que se reciban muchos y de diferentes tonos y colores: siempre hay uno del que decimos: este es mi periódico.

Este periódico será, pues, el que nos infiltre su espíritu; el que se apodere de nuestra inteligencia y corazón; el que nos forme y modele a su ideal; el que en toda cuestión sea política, sea religiosa o científica, nos haga pensar como él piensa; sentir, como él siente; amar, lo que él ama y aborrecer lo que él aborrezca.

Fr. F. de P.

CATECISMO SOCIAL

VIDA INTERNACIONAL

Fundamentos de orden internacional

¿Sobre qué principios descansa el equilibrio del mundo y la tranquilidad próspera y segura de las naciones?

Más que sobre multitud de ejércitos y sobre barreras formidables de fortalezas, descansa sobre la mutua benevolencia y sobre el respeto a los derechos y a la dignidad de los demás.

¿Qué virtudes afianzan esa mutua benevolencia y respeto?

Principalmente la justicia y la caridad.

¿Qué demanda la justicia?

No inferir ofensa a nadie y respetar la santidad del derecho ajeno.

¿Se limitan las exigencias de la justicia a la vida individual?

No; pues en virtud de ella ha de ser respetado el derecho de gentes y la inviolabilidad de los tratados, teniendo entendido que «la justicia ensalza a las naciones.» (Prov. 14, 34).

¿Cuál es, según eso, el principio fundamental que debe regular las relaciones internacionales?

A la fuerza material de las armas ha de substituir la fuerza moral del derecho.

¿Qué puede y qué no puede la fuerza material?

Permite la naturaleza que con la fuerza de las armas se defiende el derecho; pero que la fuerza sea la causa eficiente del derecho, de ningún modo lo permite.

¿Sobre qué otro fundamento quiere Cristo establecer el imperio de la paz en el mundo?

Sobre el fundamento de la caridad.

¿No basta la justicia para mantener la concordia internacional?

No hay paz duradera, no hay tratados que valgan, si no se apaciguan los odios y enemistades con la reconciliación de la mutua caridad.

¿Hasta qué punto es propia de los cristianos la caridad?

Nada recomendó Cristo más frecuentemente ni con mayor insistencia; mandamiento nuevo y suyo lo llamó, y quiso que fuera el distintivo que caracterizase a los cristianos entre todos los hombres. (Io., 17, 21-23).

¿Qué preceptuó Cristo sobre el olvido de las injurias?

No menos categóricamente ordenó: «Yo os lo digo: amad a vuestros enemigos, haced beneficios a los que os odian y orad por los que os persiguen y calumnian.» (Math. 5, 44).

¿Se limitan estos preceptos de Cristo a la vida privada?

De ninguna manera; pues el Evangelio no tiene dos leyes sobre la caridad, una para los individuos y otra para las naciones y pueblos, que, al cabo, no son sino agrupaciones de individuos.

¿Qué límites tiene el precepto de la caridad?

Ninguno; pues a nadie excluye ni mira como a extraño.

Según esto, ¿quién ha traído al mundo la fraternidad universal?

Cristo, que a todos los hombres, sin distinción de razas, de lenguas, de intereses, enseña a rezar diciendo «Padrenuestro, que estás en los cielos.» (Mat., 6, 9).

¿Qué decís de la fraternidad laica?

Que olvidando el beneficio de Cristo y de la Iglesia, pregonan el amor fraternal como uno de los mayores beneficios de la moderna cultura, siendo así que nunca los hombres han sido peores hermanos que en nuestros días.

¿Cómo lo probáis?

Los odios de razas han llegado a extremos de crueldad; las naciones se dividen por los resentimientos más que por las fronteras; dentro de cada nación y de cada ciudad las clases sociales se aborrecen mutuamente, y en los individuos impera el egoísmo como ley suprema de la vida.

Organización internacional

¿Cuál fué en la Edad Media la organización de la Europa cristiana?

Por obra de la Iglesia, Europa llegó a constituir una verdadera sociedad de naciones, que era una familia de pueblos cristianos con un código de leyes comunes.

¿Qué ventajas ofrecía la organización medioeval?

Aunque muchas veces era gravemente violado el derecho, permanecía siempre en vigor, como norma segura, conforme a la cual las mismas naciones eran juzgadas.

¿Qué organización ha prevalecido en la Edad Moderna?

Rechazados los principios cristianos, tan eficaces para sellar la fraternidad de los pueblos y reunir a toda la humanidad en una gran familia, poco a poco ha ido prevaleciendo un sistema egoísta, por el cual las naciones se miran mutuamente, si no siempre con odio, al menos con la desconfianza que sienten los rivales.

¿Qué consecuencias se han derivado de semejante rivalidad?

Que las naciones en sus empresas fácilmente olvidan los grandes principios de la moralidad y justicia, y la protección a los débiles y oprimidos.

¿Por qué medios satisfacen el deseo que les aqueja de aumentar indefinidamente la riqueza nacional?

Sólo miran a la oportunidad de las circunstancias, a la utilidad de los resultados y a la tentadora fortuna de los hechos consumados.

¿Qué seguridad les alienta?

Que nadie vendrá a inquietarles en nombre del respeto que se debe al derecho.

¿Qué resultados han producido tan perniciosos principios?

Han consagrado la fuerza material como ley suprema del mundo.

¿Qué males se derivan de esa ley?

El crecimiento progresivo y desmesurado de los preparativos militares, o sea, esa paz armada, comparable en muchos puntos con los efectos más desastrosos de la guerra.

¿Cuáles son esos desastrosos efectos?

Que la adolescencia, edad inexperta, se ve arrojada, lejos de los consejos y del gobierno paterno, a los peligros de la milicia; la juventud robusta, arrancada a las faenas del campo, a los estudios, al comercio, a la industria, vese confinada en los cuarteles.

¿Qué daños se originan a la economía de los pueblos?

El tesoro público agotado con tan colosales dispendios, malbaratada la riqueza de las naciones, oprimida la fortuna privada; de modo que la paz tal cual es, cargada de hierro, se hace insoportable.

¿Qué malestar produce en el orden internacional?

La multiplicación amenazadora de los ejércitos excita rivalidades y sospechas y perturba los espíritus con la expectación inquietante del porvenir.

¿Cuáles son los resultados más perniciosos?

Que si siempre la guerra es un conjunto enorme de calamidades, mucho

mayores son esas calamidades con la inmensidad de los ejércitos modernos, con los grandes progresos de la ciencia militar, con tan múltiples instrumentos de muerte.

¿Cuál es, pues, la condición indispensable para asegurar la paz entre las naciones?

La disminución simultánea y recíproca de los armamentos con las necesarias garantías.

¿A qué límites ha de reducirse la fuerza armada?

A la necesaria y suficiente para el mantenimiento del orden público en cada uno de los Estados.

¿Cuál es para la Santa Sede el único sistema práctico, y además de fácil ejecución con un poco de buena voluntad?

Suprimir, de común acuerdo entre las naciones civilizadas, el servicio militar obligatorio.

¿Qué institución debe substituir a los armamentos?

El arbitraje obligatorio, con sanciones para los pueblos que no se sometieren a sus fallos.

¿Con qué se disfraza la intemperancia de la pasión que produce las enemistades internacionales?

Con el especioso manto del bien público y del amor a la patria.

¿No es un deber el amor a la patria?

Sí señor; la ley natural nos manda amar con amor de predilección, y defenderla de manera que el buen ciudadano no vacile en arrostrar por ella la muerte.

¿No es hermosa virtud el patriotismo?

Cuanto está dirigido por la ley cristiana es fuerte estímulo para muchas obras de virtud y de heroísmo.

¿Cuándo se convierte en vicio?

Cuando, traspasando los justos límites, se trueca en exagerado patriotismo que es manantial de múltiples delitos.

¿Qué olvidan semejantes patriotas?

Que todos los pueblos están unidos entre sí, como miembros que son de la gran familia humana, y que también las otras naciones tienen derecho a vivir y a progresar.

¿Qué deben tener presente?

Que las ventajas obtenidas para la propia nación por medios injustos serán como vidrio resplandeciente, pero quebradizo.

Vuestra sangre, Señor, por mi pecado
Tan repetidas veces malograda,
Clamando está por mí, por mí aplicada
Precio infinito, y precio derramado.

Vuestra Madre, aunque al veros injuriado
Me mira al parecer, como irritada,
Sin embargo, también es mi abogada,
Y abogada mayor del más culpado.

Mi alma, en vuestro juicio riguroso
No hallará otra razón, pues hoy la ignora,
Con que aplacar a vuestro Eterno Padre.

Y así, confuso, humilde, temeroso,
Os digo para entonces desde ahora:
Vuestra sangre, Señor, y vuestra Madre.

ANTONIO DE SOLIS

Vive el rico en cuidados anegado;
Vive el pobre en miserias sumergido;
El monarca en lisonjas embebido;
Y a tristes penas el pastor atado;

El soldado en los triunfos congojado;
Vive el letrado a lo civil unido;
El sabio, en providencias oprimido;
Y el necio en su ignorancia confiado;

El religioso vive con prisiones;
En el trabajo brega oficial fuerte,
Y de todos la muerte es bendecida,

¿Y qué es morir? Dejarnos las pasiones.
Luego el vivir es una amarga muerte,
Y en el morir hallamos dulce vida.

MIGUEL DE MAÑARA

AGNUS DEI

El Agnus Dei lo bendice el Papa en el primer año de su pontificado; se hace con la cera de los cirios pascales que hayan ardido en la Basílica de Roma. La bendición de los Agnus Dei puede repetirse sólo cada siete años por un mismo Papa.

Para bendecirlos, el Papa los sumerge en agua bendita a la cual mezcla bálsamo y santo crisma, mientras eleva sus ruegos al Señor para que se digne bendecirlos, santificarlos y consagrarlos, para darles la virtud de comunicar a los fieles que se sirven de ellos, las gracias siguientes:

1.ª Que la vista de este santo objeto los excite a contemplar los misterios de nuestra redención, a bendecir, dar gracias y adorar a la divina bondad, para obtener así el perdón de sus faltas.

2.ª Que el signo de la Cruz impreso sobre ellos, aleje del que los lleva, los espíritus malignos, el granizo, el rayo, el huracán y las tempestades.

3.ª Que por la virtud de la bendición puedan escapar de las emboscadas y tentaciones del demonio.

4.ª Que las mujeres en cinta sean preservadas de todo accidente y obtengan un feliz resultado.

5.ª Que la peste, el agua y el fuego no puedan perjudicar a los verdaderos cristianos.

6.ª En fin, que la protección divina los asista en la adversidad así como en la prosperidad y que por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, los fieles sean preservados de la muerte repentina e imprevista, de todo peligro y mal, sea físico, sea espiritual.

Consérvese el Agnus Dei y llévase con verdadero respeto y devoción para hacerse

merecedores de estos beneficios y bendiciones y rueguen por el Soberano Pontífice.

Cada partícula del Agnus Dei tiene los mismos privilegios que el óvalo entero.

Jericó, 2 de Febrero de 1955.

FRANCISCO CRISTOBAL, Obispo

LA MORAL DE MUCHOS

Para muchos hombres, mal avenidos por hábitos viciosos contra la Religión, la moral no es algo fijo, estable y permanente, fundada en la voluntad misma de Dios que manda observar el orden natural y prohíbe alterarlo, sino variable.

La moral es, pues, para ellos una cosa meramente relativa, sujeta al capricho de los hombres, a las vicisitudes de los tiempos, a la mutabilidad constante de las instituciones humanas y al vaivén de las opiniones.

De semejante modo de concebir la moral se siguen las más perniciosas consecuencias. Porque si ella es relativa y mudable, aquí será bueno lo que más allá es malo; hoy lícito lo que ayer no más era tenido como ilícito; para un pueblo será honesto lo que para otro es vergonzoso y degradante; bastará que la opinión de los hombres se mude para que lo que siempre se ha tenido como malo deje de serlo.

Y en este caso, el hurto, el homicidio, el concubinato y la prostitución, la calumnia y la mentira, serán buenos en una parte y malos en otra.

El enigma de semejante absurdo está en no querer admitir a Dios como principio, causa y fin de todas las cosas, como supremo legislador a cuyas leyes inmutables deben someterse las acciones de los hombres que rigen las sociedades.